



**RAÚL EDUARDO IRIGOYEN**

## **EL TATA REGRESA AL VALLE PERDIDO**

Para mis muy queridos nietos y bisnieta,  
Sebastián, María Pilar, Valentina, Iulan,  
Facundo, Juan Cruz y Carmela.

### ÍNDICE

Recordando al Valle Perdido

El Regreso al Valle

El Invento de la Tía Sully

Don Dibujo

Ratolandia

La Bruja Jaja

Juan que Lloro

La Mazamorra

Los Secretos del Cerro

Hace un tiempo, que ya las nubes del olvido comenzaron a disipar, cuando estuve en el Valle Perdido y en el libro El Tata Recuerda, les conté esa hermosa experiencia, pero hoy, luego de mi regreso al mismo y con nuevos conocimientos que allí experimenté se los transmitiré; especialmente lo sucedido en las fantásticas cavernas de las voces y de los misterios, que los Antiguos crearon. Mis nietos mayores deberán disculpar este retorno a su infancia.

## **RECORDANDO AL VALLE PERDIDO**

El Valle Perdido, donde el tiempo se detiene. El Valle de los Valles, entre montañas legendarias. La tierra oculta por nieblas de colores alternativos. Lo más buscado. Lo insólito e increíble. Donde los árboles son alegres y pocos han llegado. El País de la Felicidad. Llegué al Valle Perdido, donde los colores se reúnen en miles buscando a mis amigos los loros, ya entrada la noche. Era la hora de los azules violáceos, que se extendía hasta la medianoche, cuando aparecían los negros luminosos. Sorprendido casi no pude dormir y, de pronto, sin darme cuenta estalló la mañana en una multiplicidad de luces rosas, celestes y amarillas, en cientos de diferentes tonos, en nubes que no eran nubes. Entonces pude conocer a las piedras, que en silencio relatan cuentos maravillosos de otros tiempos. Mirándolas fijamente comprendí que los pliegues y líneas que presentan son letras especiales y las entendí. Son las que han formado los vientos al transmitirlos. Así no se pierden las historias y leyendas. Luego, en la tarde de fuego, oro y verdes, llegué al cantarino arroyo, cuyas aguas murmuran las más bellas canciones y las mojarritas aparecen cantando. Allí donde el tiempo se detiene pude ir viendo los más hermosos atardeceres que pude haber imaginado. Sólo con pensarlos aparecían, sin que el tiempo

transcurriera. Mi deseo los guiaba. Podía hacerlos avanzar, retroceder o quedarse quietos. Tenía el mundo en mis manos. Salí del Valle Perdido sabiendo que la felicidad está en cada uno de nosotros y que podemos crearla a voluntad.

## **EL REGRESO AL VALLE**

Era un frío atardecer, muy frío del mes de julio, de esos en que las aguas se congelan, cuando llegué aterido al Valle, luego de una nueva búsqueda. Apenas ingresé fui recibido por un tibio calor primaveral y el estallido de mil colores, que se alternaban en puestas de sol, como si se estuviera esperando mi llegada. La noche se acercaba y muy cansado, por el largo camino, luego de extasiarme con las luces que, poco a poco se apagaban, ingresé en una gran cueva azulada y me acosté a dormir. No sé cuánto tiempo descansé, pero de pronto semidormido escuché palabras: “Esta es la Caverna de las Voces, en donde te enterarás de lo que ha pasado, pasa y pasará en el mundo, contado por los Antiguos”. Sorprendido pensé que era un sueño y aún no lo sé, pero veía sombras en las paredes y escuchaba voces que relataban. Así me enteré por ellas de varios cuentos y, también en esa noche, recordé otros olvidados...

---

## **EL INVENTO DE LA TÍA SULLY**

Sully había nacido en la Mudana, un lejano pueblo del oeste de las sierras cordobesas, lugar muy agreste donde aún no se han perdido las aves y demás animalitos, que ahora muchos extrañan. Ya niña, además de ser muy

estudiosa, colaboraba con su madre en todos los trabajos caseros. Así fue aprendiendo. Pasaron los años y en toda la región se conocieron las virtudes de la Tía Sully, gran trabajadora y de las mejores cocineras que hubo. Una de sus especialidades eran diferentes dulces de higos, que buscaba en Los Carrizales, dos veces por año, los primeros llamados brevas y luego los comunes. En ese lugar, un poco sombrío, donde se decía que se reunían las brujas, había grandísimas higueras en un profundo y casi desconocido desfiladero. Era de muy difícil acceso y tenía que caminar muchos kilómetros para poder cosecharlos. Con ellos cocinaba, además de los dulces, higos en almíbar, y también secos, sumando varias y exquisitas recetas misteriosas que solamente ella conocía. Era tan capaz que la convocaron a trabajar en Salsacate, el pueblo más importante de la región. Allí tuvo familia, dos buenos hijos y, sobre todo, el afecto de los pobladores por las virtudes, pues una de sus ocupaciones era también la de cuidar enfermos y personas ancianas. Pero la Tía Sully tenía un defecto. El miedo, gran miedo a las tormentas y, sobre todo, al agua de lluvia. Cuando eso pasaba no salía a trabajar. En sus ocupaciones la esperaban, pero el temor era tan grande, que no podía superarlo y faltaba. Así pasó mucho tiempo, hasta que un día, como era muy responsable, se le ocurrió una idea. Había visto que muchas personas se tapaban la cabeza con diarios o cartones, para no mojarse, lo que no le había resultado útil, pues a veces debía recorrer largos trechos y llegaba empapada. Buscó en el monte, unas grandes hojas de palmera secas, les sacó las puntas espinosas y las unió atándolas fuertemente a un palo. En la primera lluvia se animó y salió, cubriéndose con ese aparato. Pudo llegar seca a su trabajo y los vecinos la miraron asombrados y maravillados. ¡La Tía Sully había inventado el paraguas!

## DON DIBUJO

Resulta que en el mundo muy antiguo, que era triste y gris, las personas no dibujaban como ahora; no, por el contrario, el conocimiento de ese arte era muy escaso. Solamente muy pocos lo hacían en lugares casi inaccesibles, cavernas, grutas y aleros de las montañas. Por ello los elementos de dibujo se encontraban inactivos y aburridos. ¡Claro, querían dibujar!

Poco a poco fue divulgándose, entre todos ellos, la idea que era necesario buscar una solución ya que, de lo contrario, podrían llegar a desaparecer. Debían encontrar quien los representara y les diera jerarquía.

Por ello cuando las carbonillas y lápices del mundo, que habían sido inventados, se congregaron con el fin de trascender y hacer felices a los hombres, gracias a una concesión del Espacio-Tiempo que los ayudó, se juntaron todos los del pasado y del futuro, en un lejano lugar, para encontrar la solución. Dibujaron y dibujaron durante muchos días y meses, mil ideas y figuras, pero no se ponían de acuerdo. Así iban las cosas y ya temían no hallar un resultado, cuando el más pequeñín y juguetón lapicito colorado, se le ocurrió hacer un hombre bueno y muy simpático que los representara para siempre. Así se los mostró a los crayones de álamos, de viña, a los lápices de gran marca y a los modestos poco conocidos; también a los portaminas de rápido trazo.

Dijo entonces el humilde lapicito: yo les traigo el dibujo de un hombre sencillo, de rostro simpático y alma buena y colorida, que bien nos representará y trascenderá a los trazos. ¡Será el dibujante modelo!

Todos se quedaron sorprendidos, por la verdad que tan simplemente presentaba el pequeño y admirados, decidieron dejar a un lado sus proyectos y le confirieron sus honores, aceptando la propuesta.

Desde entonces ese hombre, a quien llamaron El Dibujante que tuvo una cara creada común a todos los dibujantes, fue el representante de los lápices y dibujantes del mundo.

## **RATOLANDIA**

Contaba el Tata, que una tarde de verano, ya poniéndose el sol, llegó de pronto una tormenta y tuvo que refugiarse en una cueva. Al entrar escuchó una linda y simpática voz, que entonaba antiguas canciones. Buscó quien le hacía compañía en la cueva y ¡oh sorpresa! vio a una lauchita, que cantaba con voz humana. Los dos se miraron y pasado el mutuo susto, viendo que no tenían nada que temer, simpatizaron y se hicieron amigos.

Desde ese día se encontraron varias veces en esa cueva, del Río Jaimes, y ella le relató que, como había sido vecina de un loro muy charlatán, de él aprendió a hablar.

Esta virtud hizo que Ciriaca Fernández, así se llamaba la lauchita que pudiera contar al Tata muchas cosas de sus hermanas, las lauchas y sus primos los ratones.

Como ustedes saben existe un mundo paralelo, donde los ratones viven y comparten lugares con los humanos, al que hasta ahora ninguna persona había podido acceder. Por eso les iré contando detalles de la vida ratonil en Ratolandia.

Hay un pueblito, ubicado en algún lugar de la provincia de Córdoba Ratona, cuyo nombre no estoy autorizado a dar, pero sí situaciones de las que me enteré. Ciriaca tuvo la suerte de aprender el idioma humano, pero los ratones tienen el propio, basado en chillidos y gestos cuando no quieren ser oídos, ya que, generalmente se mueven en silencio en las casas, pues son perseguidos por las personas, que no quieren compartir las comidas con ellos. Pero hay una sorpresa, que desmiente lo conocido por los ciudadanos:

“en el campo los gatos son amigos de las ratas, no como en la ciudades que los persiguen”. Más aún, también con ellas los perros tienen buenas relaciones. Todo es cuestión del acercamiento y vida en común que existe y facilita que puedan convivir. Pero, todos ellos, cuando los habitantes de las casas no lo saben, comparten comidas y se cuentan noticias. Algunos gatos son desconfiados al principio, pero con los perros la relación les es mucho más fácil, pues las ratas les acercan regalos o huesitos y ellos las dejan pasar.

Las ratas viven y se multiplican gracias a diferentes manjares, ya que no solamente de queso viven ellas, como se cree. En las cocinas y alacenas encuentran diferentes comidas y gustan de todas, cuando no gatos y perros las convidan con sus raciones. Cuentan, las que entienden a los humanos, diferentes situaciones que suceden en ese pueblito, cuyo relato excedería este libro, pues son tantas y alguna muy cómicas como la de ese que se disfrazaba de fantasma para asustar a los vecinos, hasta que la policía lo encontró y estuvo muchos días presos o el veterinario que, en vez de ir a visitar a ovejas y vacas, quería que le se las llevaran a su negocio en el centro del pueblo, para revisarlas. También el famoso caso del terrible Intendente que.... Bueno, no quiero extenderme por ahora, pero lo importante es que sepan que las ratas tienen una vida muy especial y no tan simple como creían

## **LA BRUJA JAJA**

Lo que ahora les voy a contar, es a riesgo de ponerme en contra de la Asociación de las Brujas, quienes formaron un Club que se llama El

Aquelarre, cuya bandera es, desde luego, de color negro muy fuerte cruzada con una escoba amarilla. Esa bandera nunca pierde el color ni se ensucia, pues la jefa de las brujas, la más mala, solamente con su mirada la ha liberado de todo eso.

Bueno..., voy a atreverme, pero ustedes no cuenten a nadie esto que yo les relataré, pues podrían tener problemas si se llegan a enterar ellas.

Háganme caso, pero si se olvidaran y lo hacen saber desconfíen, hasta de las vecinas, especialmente de las que se porten mal y no sean conocidas de sus familias. Hay muchas brujas, demasiadas y se confunden con la gente, para no ser reconocidas. El Tata (pongo chica las firmas para que no las vean, pues no tienen buena vista),

## DE DÓNDE VIENE

La Brujita Jaja nació una muy fría noche de invierno, en el África, en una montaña que tiene varios triángulos, no muy lejos de la población de Tanninga, del país de Mozambique. Montaña a la que nunca subió ningún humano. Cuna de todas las brujas. La habían formado con barro, piedras y troncos, polvo de sapos venenosos y de arañas negras, más una serie de pociones mágicas, que solamente las brujas jefas saben preparar. Todas alrededor bailaban danzas horribles y misteriosas, mientras el GRAN MAGO iba anotando el nacimiento, como es costumbre brujiil, en un libro muy amplio. Pero esto no es fácil, ni en el mundo de estas feas personas. El mago estaba finalizando cuando, de improviso cayó un rayo que asustó a su gato negro, éste saltó y empujó el libro, que se movió y la anotación salió equivocada, quedando Tanninga, Córdoba, Argentina. De pronto la nueva brujita Jaja, desapareció del África y se encontró, de día, en verano, en el arroyo Cachimayo, en Tanninga, , cerca de la casa del Tata. Justo él se encontraba allí y socorrió a la brujita que quedó toda mojada. La llevó a su



casa de piedra y le dieron de comer con doña Tota Romero, quien también la proveyó de ropas nuevas, ya que las negras que tenía quedaron sucias y, en parte, rotas. Así Jaja, al final nació en nuestra Taninga, conoció al Tata, de quien se hizo amiga agradecida por la ayuda y, con sus lindas ropas nuevas de colores comenzó su vida, lejos de las otras brujas

## JAJA ESTUDIA

Jaja, que había nacido grande, pero no demasiado, tenía que estudiar, además de todos sus conocimientos brujeriles. Pues, para vivir en el mundo necesitaba también los que tienen todas las personas comunes. Así sucedió. Con permiso del Tata, dijo que era sobrina de Tota Romero, quien aceptó también ayudarla, pues Jajá se hizo muy amiga de ella. Así, de esa forma, se anotó en el Colegio Secundario de Salsacate y concurrió con sus compañeros, a estudiar durante varios años. En todo ese tiempo Jaja vivió parte en las casas de Tota Romero y del Tata. Sin embargo, nadie se daba cuenta de esto ya que Jaja usaba la invisibilidad y casi no tenía necesidad de comer, aunque Tota Romero le había enseñado a cocinar sus riquísimos manjares.

## JAJA GRANDE

Nuestra Brujita creció y tuvo muchas aventuras, pero siempre trató de hacer el bien y no estaba de acuerdo con las otras brujas, a tal punto que estas no la querían. Sin embargo, las malas no podían hacerle nada pues Jajá tenía muchos poderes pues, además de los otorgados en su nacimiento, la vida con los humanos la dotó de otros que rechazaba las maldades. A tal punto que cuando llegaba algún lugar habitado por brujas, éstas desaparecían para no encontrarse con ella. Tal el temor que inspiraba.

Ahora, el Tata espera que le cuente sus andanzas, pues seguramente querrá hacérselas conocer.

## **JUAN QUE LLORA**

Juan Dante Ancitremo nació en un pueblito cerca de Baradero, en la provincia de Buenos Aires. Allí, transcurrió toda su vida. Entre campos de trigo, maizales y hacienda, pasó una feliz infancia ayudando a su padre en las tareas de un almacén de ramos generales. El único en la zona. Era un chico alto, delgado, rubio de firmes ojos claros, cuya sonrisa casi permanente se granjeaba la simpatía de los vecinos. Concurrió solamente a la escuela primaria y dejó de lado la educación secundaria. Tuvo muy buenos maestros, lo cual y ayudado por su afición a la lectura, le permitió convertirse en un hombre culto.

Su padre, Carlo, había venido de Italia como inmigrante a mediados de la década del 40, luego de la segunda gran guerra. Llegó a esa región por parientes ya residentes, que lo ubicaron enseguida. Adquirió un campito, con recursos propios y abrió un almacén de ramos generales. De él, Juan había heredado sus características físicas, salvo que Carlo era más robusto. Nacido en Como, cerca del hermoso lago del mismo nombre, en el Piamonte, se destacó en el conflicto mundial como integrante del famoso regimiento de Infantería Ligera Bersaglieri. Durante la Segunda Guerra, combatió en la campana en África del Norte, tomando parte en la última Batalla de El Alamein, donde ese ejército quedó prácticamente aniquilado, por las tropas inglesas. Allí, Carlo, perdió a la mayoría sus compañeros pero, a raíz de su heroica participación, se le otorgó la medalla de oro y fue ascendido a Capitán.

Éste era el nuevo y joven personaje, que se incorporaba a nuestro país y nutriría también el espíritu argentino, como otros tantos de diferentes

partes del mundo, que traían dedicación, valor y, sobre todo, esperanza. Haciendo honor al significado de su nombre, quería ser granjero y olvidarse de los horrores de la guerra, en la placidez bucólica de la campiña. Así fue como adquirió unas tierras, con sus ahorros y, al mismo tiempo, abrió ese negocio.

Pero volviendo a Juan, cursó los estudios primarios en una escuelita de campo, a una legua de su casa, a la que concurría a caballo y siempre acompañado por su hermoso perro de nombre Clavel, blanco con manchas negras; su custodio que lo esperaba cuidadosamente sentado a la puerta del colegio. Llegó de cachorro a su dueño, cuando Juan tenía tres años y, en poco tiempo, se convirtió en un animal de gran tamaño y hermoso porte. Eran como hermanos, ya que Juan, hijo único, jugaba siempre con él. No quiso seguir estudiando, pero como era muy lector y obediente, su madre, Doña Cleta, hija de criollos y maestra, lo instruía en la casa varias horas al día. Así, el ya joven con doce años, fue adquiriendo conocimientos al mismo tiempo que ayudaba a su padre en el almacén y en alguna tarea rural. Pero sucedió una desgracia. ¡Un día sin dejar ningún rastro desapareció Clavel, su gran amigo! Nunca se supo que sucedió. El perro, pudo haberse extraviado, enfermado, perdido, robado o atropellado. Juancito cayó en una gran depresión y cada tanto sollozaba. No fueron remedio los dos nuevos cachorros que le regalaron, ni los cariños y atenciones de sus padres y amigos.

Dos meses le duraría el duelo, pero nunca se pudo olvidar de Clavel. A medida que iba creciendo, aumentaba el número de perros que tenía. Llegó a seis, hasta que sus padres le pusieron límite. No más de seis. Dicen que el tiempo aleja los pesares, pero esto fue en parte para Juan, pues ya hombre y con familia propia, a la que amaba y cuidaba, no dejó de querer también a los perros. Buscaba a los perdidos y les encontraba vivienda o alojamiento, hasta que sanaran si estaban enfermos.

Con el tiempo, organizó un refugio para ellos, al cual le dedicaba gran parte de su tiempo. El almacén, que ya administraba, iba bien y podía dedicarse a sus queridos animales. Pero existía un problema y eran sus sentimientos. Cada inconveniente que tenía alguno de los perros, uno extraviado, alguna pérdida, una enfermedad o muerte, eran motivo para que Juan sollozara. Seguramente regresaba el recuerdo de su querido Clavel. Pasaron muchos años así y en el pueblo lo comenzaron a llamar Juan Que Lloro. No como una broma, pues quienes lo conocían lo querían por sus buenas condiciones, pero ese afecto también les dolía por verlo sufrir. El Refugio, pues así se llamaba su creación, ya contaba con un grupo de cincuenta perros, de diferentes edades y pelajes, que todos los días recibían alborozados a Juan Que Lloro. Pasaron muchos años y un día, ya anciano, se sentó en el suelo para jugar con ellos y no pudo levantarse más. Había fallecido rodeado por su amada jauría. Entonces los perros lloraron. Dicen, los entendidos, que cuando Juan que Lloro se despertó de su muerte, se encontró en el Cielo de los Perros, rodeado de todos sus compañeros que lo lamían y abrazaban. Allí, al parecer, sólo permiten ingresar a los humanos que aman a estos fieles compañeros, pero pueden llevar también a sus familiares queridos. Alguien recordó que el apellido Ancitremo se traduce como Todavía Tiemblo. Un nombre, un destino, decía el Poeta.

## **LA MAZAMORRA**

Había llegado el verano, luego de los grandes inviernos, en las Altas Cumbres, y los guerreros dormían a la luz de las estrellas, sobre el verde pasto, cada uno en sus soledades, para comunicarse con los dioses. Alpa, uno de los *acan* más fuertes, *naguan* de la tribu, muy lejos también

descansaba pero se había despertado y pensaba, mientras mesaba su rojiza barba. Los claros ojos resplandecían a la tenue luz. Temeroso, Alpa meditaba sobre sus últimos sueños, de casas que iban sobre el agua y otros guerreros, parecidos a él, con las cabezas y pechos cubiertos y extrañas armas. Sueños parecidos a los que llevó desde su niñez, pero estos otros eran distintos. Hombres diferentes, sobre animales, similares a las llamas, cubiertas sus cabezas de otra forma. En aquellos, los que atormentaron su niñez, las casas flotantes tenían cabezas de divinidades animales. Acan ya estaba muy lejos de su zona, hacía un día que había traspuesto la última *tica* e ingresado en territorio ajeno. De todos modos los Comechingones eran una gran y respetuosa raza, siempre que los límites de las tribus fueran respetados. A esas montañas no llegaban otras naciones. Llevaba su arco, flechas y una lanza corta. También granos de maíz, que la leyenda de su pueblo relataba como entregados a los antiguos que llegaron de muy lejano, lugares del calor y otras tribus. Acarició las bolsitas con los granos sin cocinar y otros preparados. Pasó el día avanzando hacia donde nace el sol y al anochecer, hizo un fuego con bosta, unas raíces y sobre las brasas colocó una ollita de barro para recocinar unos granos de maíz, que puso en ella. Molesto, advirtió que no tenía más agua. Dudó pero, luego de una larga indecisión, tomó la leche de llamas que llevaba, para posterior ofrenda a la luna, a su regreso, y la vertió sobre los granos. Acan tenía, por su posición de Jefe, un rebaño de llamas y de ellas provenía esa leche. No muy lejos de allí, un soldado español se encontraba extraviado desde hacía varios días. Alonso integraba una expedición que se dirigía al norte, en procura de la Ciudad de Los Césares donde, según la leyenda, el oro y la plata abundaban, así como las esmeraldas. Esta historia se originaba en una versión del Capitán Francisco César, que en oportunidad de explorar hacia el oeste, el territorio al cual nos referimos en este relato, regresó contando que habían encontrado una tierra muy rica, donde tenían llamas, joyas y

metales preciosos. El pobre Alonso hambriento y débil, había subido a una loma y avizorando el horizonte, ya avanzado el atardecer, divisó un fuego. Presuroso, antes que la niebla que llegaba lo confundiera, se dirigió allí, feliz por haber encontrado a sus compañeros.

La noche llegó y la luna hizo su aparición, pero nuestro guerrero atento al fuego, se encontraba mirando hacia el oeste ocupado con la cocción. De pronto, instintivamente se puso tenso y su mano se deslizó para tomar la lanza. Levantó la vista y frente a él se encontraba un extraño personaje, iluminado por la luna, tal como aparecía en sus sueños. De piel más blanca y ojos oscuros, que lo miraba fijamente, con su mano derecha apretando un arma.

Alonso recorrió el largo trecho que lo separaba del lejano fuego y luego de trastabillar y caer varias veces, por la oscuridad, llegó hasta la fogata y no encontró a sus compañeros. Por el contrario, allí se encontraba un hombre semidesnudo de gran barba rojiza atendiendo el fuego y, al parecer, cocinando. ¿Un europeo, pensó, pero así? No obstante el temor siguió frente a él, mientras sus jugos gástricos reaccionaban al aroma de la comida. El hombre levantó la vista y Alonso se enfrentó a unos ojos claros, que lo miraban en alerta y el fornido desconocido se paró, con su diestra en una lanza. Advirtió la fuerte contextura y el español, con una reacción rápida, evaluando su posible mayor cultura y anteriores encuentros, tuvo un momento de lucidez y dejando su espada, levanto la mano derecha en señal de paz, mientras se sentaba en silencio. De todos modos, pensaba, tengo amplia experiencia en combate sentado, si llega la necesidad. Pero también analizaba, para entender quién era ese sujeto, con apariencia de salvaje pero caracteres europeos. ¿Inglés? pensó. ¿Quizás holandés? ¿Portugués no parece? ¿Pero que hace aquí y así casi desnudo?

Acan volvió a sentarse, dejando su lanza a un costado cercano y levantó su mano también en una especie de saludo. Se miraron largamente en silencio,

mientras se estudiaban. Alonso recorría mentalmente distintos países, evaluando al desconocido, en tanto que Acan rememoraba sus sueños infantiles y, especialmente, los últimos.

En un momento ambos comenzaron a hablar en sus propias lenguas y ello trajo más confusión. Pero Alonso no desviaba la mirada de la marmita y Acan advirtió su deseo. Generoso, le hizo gestos de compartir la comida y así lo hicieron, comiendo con las manos una vez entibiada. Alonso le mostró el contenido de una bolsita que llevaba, miel de abeja, como última reserva y se la hizo probar, gustándole. Por eso, con su cuchillo sacó un poco y la colocó en el maíz con la leche, disfrutando ambos de esa rica comida. Se separaron en paz, llevando el español granos de maíz. ¡Había nacido la mazamorra!

### **LOS SECRETOS DEL CERRO\***

Pasaron varios meses luego de la erupción y los vecinos, que anticiparon el suceso, habían comenzado a retornar sus hogares ya que, felizmente, la lava solamente había destruido una propiedad.

Era un frío atardecer de invierno. Había nevado y, además de la mancha negra de la quemazón, el fuerte viento sur movía, siniestramente, el sucio cartel en el cual aún se podía leer “PRO BIDO BIR L CERRO S N P GAR”.

En una casa había reunión. Se encontraban los vecinos, por primera vez luego de lo sucedido, para tratar la situación y decidir el futuro de la zona. Aún no se había repuesto la electricidad y los faroles de querosén iluminaron el comedor de la casa, con su ancha mesa servida con

empanadas y botellas de vino. La rodeaban doce personas, de distinto sexo, sentadas a su alrededor, acompañadas por el perro de la casa.

Ya la primera ronda de vino había distendido a los concurrentes y ninguno se animaba a comenzar a comentar lo sucedido, hasta que Severo Cañizal, el mayor de los presentes, pues ya había superado los noventa años, hombre de pocas palabras pero muy respetado por sus conocimientos y sabiduría, rompió el silencio –Felizmente no hubo víctimas, ya que todos nos ausentamos antes de la erupción, alertados por propios sueños y los temblores y bramidos del Cerro- todos asintieron y prosiguió – Como saben, yo descendo por línea directa de los Comechingones y la montaña guarda secretos- Quedo callado y luego de un silencio, mientras los presentes daban cuenta de las empanadas y corría el vino en sucesivos convites, aceptaron el reto y cada cual dio su opinión sobre lo que había pasado y explicaron sus conocimientos sobre la zona montañosa.

Pasaron varias horas y cerca de la medianoche, cuando ya había hecho aparición la ginebra para combatir el frío; don Severo, hasta entonces callado, volvió a tomar la palabra –Yo he recibido, de mis ascendientes un saber que supera la común noticia de la cultura de mi raza, especialmente sobre el final conocido de los guerreros y que sucede en la actualidad- Siguió relatando que, en consideración a su avanzada edad, existían algunos datos que podría transmitir a los reunidos. Ante un respetuoso silencio, hizo referencia a la batalla final cerca del Cerro entre los españoles y los guerreros de su raza. Cruel batalla que dejó muertos por ambos bandos, sin vencedores en ese momento y los españoles se retiraron, buscando ayuda. Los indios enterraron a sus víctimas al pie de la montaña y, sabiendo en que la próxima oportunidad, serían completamente vencidos, decidieron diseminarse sin volver a presentar batalla. Sin embargo, un grupo, de los más sabios, conocedores de la existencia de las cuevas del Cerro, ingresó a las mismas y, desde entonces, en las



profundidades del mismo, han vivido por generaciones, si bien también a veces salen y se mezclan con las demás personas. Explicó que a estos se los conoce como integrantes de la Secta del Cerro y esa vida les ha proporcionado muchos conocimientos y hasta saber cómo manejar la montaña. Por eso, finalizó, explicó que esto es sabido por varias personas y algo similar sucede en otros cerros, como en el Uritorco. Relató que, los iniciados como él, conocen muchos detalles de la vida subterránea, sus aspectos técnicos y la ciencia de esos adelantados. Más aún, relató que en las Altas Cumbres existen reservas de los tesoros de la gran tribu, ocultos para burlar a los conquistadores. Indicó que mirando desde los Gigantes, hacia el Norte, existe una cueva con una amplia escalera de piedra, que descende finalizando abruptamente y nadie conoce lo que existe en el profundo precipicio que sigue. Mientras Severo transmitía ese conocimiento los profundos ojos claros iluminaban su negra barba un poco rojiza, detalle que confirmaba el origen vikingo de los comechingones, según ya se sabe. Finalizó nuestro relator, sumiéndose luego en silencio, indicando que presentía que las erupciones podrían ser administradas por los ocultos, dados sus amplios saberes y que se podría volver a vivir tranquilos en la zona, pues el daño había sido solamente parcial. Ya amanecía y los concurrentes, tranquilizados, pero un poco inquietos por el relato, volvieron a sus casas para reemprender la vida, teniendo al Cerro como un acompañante conocido y respetado.

- El Cerro, de dos picos, que tiene un nombre oculto, solamente conocido por algunos descendientes de los comechingones, es comúnmente llamado Boroa, De la Ciénaga o Divisadero. Se encuentra en el cordón volcánico, de la Pampa de Pocho, en el Oeste de la provincia de Córdoba.

2021 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

